

Ética, ciudadanía planetaria, reforma de la enseñanza y el pensamiento

Las sorpresas y desafíos de la actualidad tienen la peculiaridad de su impacto cotidiano en nuestras vidas, no importa si ocurren en regiones distantes del planeta o a la vuelta de la esquina: sus efectos se sienten y trascienden al entorno más inmediato de la vida de cada uno

Edgar Morin*¹

Vivimos una época llena de sorpresas y grandes desafíos. Ellos se hacen presentes en los contextos más inmediatos de la vida privada de las personas, y en todo el medio social, cuando rebasan los límites del hogar, el barrio, la ciudad, la región, el país. Se incrementa la percepción social de que vivimos en un planeta cada día más pequeño, enfrentado a monumentales problemas compartidos, los cuales se agolpan y agigantan en la agitada espera de soluciones que no llegan.

Las sorpresas incluyen avances científicos y tecnológicos espectaculares, acontecimientos mundiales que en un instante mueven la historia humana, la política y la vida personal por derroteros imprevistos, algunos catastróficos y desgarradores como el 11 de septiembre de 2001 y las guerras ulteriores; otros, constructivos y esperanzadores como los avances democráticos, el crecimiento de la conciencia ambiental ciudadana y el esfuerzo por abrir el camino a un mundo mejor.

Todos tienen la peculiaridad de su impacto inmediato en nuestras vidas, no importa si ocurren en regiones distantes del planeta o a la vuelta de la esquina: sus efectos se sienten y trascienden al entorno más inmediato de la vida de cada uno.

Fenómeno dual

Este fenómeno dual del impacto inmediato y la trascendencia personal de lo que ocurre en el globo terráqueo nos coloca ante tensiones existenciales que con frecuencia resultan insoportables. Con la misma intensidad con que nos permiten avanzar y vivir en un mundo renovado y dinámico, provocan efectos destructivos.

Así, las tensiones que conducen al cambio social y a la búsqueda de nuevos horizontes de futuro, también conducen a la pérdida de las perspectivas ante ese futuro, al desánimo, la apatía, la depresión y a conductas autodestructoras como la drogadicción.

¹ Sociólogo y filósofo francés.

En su conjunto, estas tensiones incluyen la ampliación del conocimiento científico y sus vínculos con la producción, el bienestar, la vida cotidiana y la salud; el cambio tecnológico y metatecnológico; el crecimiento económico y sus efectos ambientales; la salida del trabajo, el ocio y el entretenimiento humanos al ciberespacio; el deterioro de los mercados y la crisis energética; la violencia doméstica y urbana; la falta de empleo y la inseguridad ciudadana; la incertidumbre ante el futuro; la polarización del bienestar y la pobreza, y la marginalización de amplios sectores de la sociedad mundial.

Las tensiones y los cambios producen también una notable activación de la ciudadanía, la cual reconoce e intenta responder a estas nuevas circunstancias de una humanidad cada vez más planetaria.

Sin embargo, aquí también se deja sentir la dualidad desgarradora que incluye solidaridades impensables, en épocas anteriores, por su magnitud. Solidaridades habilitantes que movilizan grandes sectores de población y aúnan a los ciudadanos más distantes del planeta para buscar soluciones a problemas globales, o para atender emergencias humanitarias y ambientales. Y también solidaridades perversas que crecen bajo la sombra protectora de la marginalización creciente y cobran cuerpo en las pandillas y otras hermandades delincuenciales.

La sociedad-mundo

La planetarización de la humanidad impulsada por el cuatrimotor técnico, científico, económico y de beneficios nos ha conducido al momento actual en que enfrentamos grandes desafíos de supervivencia y una crisis que no se reduce a las urgencias ambientales, económicas y sociopolíticas ampliamente reconocidas.

Nos encontramos ante una crisis de la humanidad que consiste en la presencia simultánea de condiciones de infraestructura comunicacional, técnica y económica para una sociedad-mundo, y la imposibilidad de constituir el sistema jurídico, la "gobernanza" y la conciencia común necesarios para hacer posible esa sociedad planetaria.

Los obstáculos para la aparición de una sociedad-mundo son enormes, y expresan la inmadurez de la humanidad para realizarse a sí misma. Inmadurez de los Estados-nación, de las mentes, de las conciencias; junto a resistencias nacionales, étnicas y religiosas que es necesario superar. Paradójicamente, si esas resistencias fueran eliminadas en las condiciones actuales, propiciarían una dominación implacable. Nos encontramos entonces en un círculo vicioso, pues la sociedad-mundo es condición previa para salir de la crisis de la humanidad, y

la reforma de la humanidad es una condición previa para llegar a una sociedad-mundo.

La barbarie civilizada: civilizar la Tierra

La era planetaria tiene entonces un rostro definido de barbarie civilizada que incluye formas globales de destrucción —identificables en el modelo productivo que corroe las bases de la vida en la Tierra, las guerras y la amenaza constante de la destrucción de la humanidad mediante el uso de las armas nucleares— y formas locales —comunitarias, familiares, personales— de autodestrucción.

Para salir de la barbarie civilizada, de la Edad de Hierro de la era planetaria, se hace necesario crear instancias planetarias que estén en condiciones de afrontar los problemas vitales y considerar la confederación y la democratización planetarias, reformar y democratizar la Organización de Naciones Unidas (ONU), desarrollar las virtudes y cualidades de la civilización occidental mediante la promoción de una política de civilización que milite contra la atomización y compartimentación de los individuos, restaure responsabilidades y solidaridades y reduzca la hegemonía del cálculo y el beneficio, propicie la economía solidaria, el comercio equitativo, la ética de la calidad.

Nada de esto será posible mediante un acto de prestidigitación que produzca un cambio mágico. Como hemos señalado, lo singular de las condiciones planetarias en que vivimos hoy consiste en que contamos con las condiciones de infraestructura necesarias para vivir en una sociedad-mundo, pero nos falta la gobernanza imprescindible para ello.

Un superpoder podría generar una dictadura planetaria —probable en teoría e improbable en la práctica—, pero incapaz de resolver el conjunto de problemas mencionados, pues la solución de todos ellos es impensable sin la existencia de una nueva personalidad ciudadana, un ciudadano planetario que se reconozca a sí mismo como tal y esté dotado de un pensamiento renovado que le permita actuar de modo renovador para construir la sociedad planetaria más allá de las fronteras de ésta, su Edad de Hierro.

Para civilizar la Tierra es necesario reformar las mentes, reformar el pensamiento y abrir las puertas a una nueva ciudadanía planetaria que nos permita estar en condiciones de afrontar los problemas fundamentales y globales de la vida privada y social.

Esta reforma del pensamiento podrá realizarse mediante la educación, pero una vez más nos encontramos aquí frente a la paradoja de que el sistema educativo actual es incapaz de asumir este reto y necesita, a su vez, ser reformado. ¿Por qué?

Porque la fragmentación del conocimiento en disciplinas cada vez más concentradas en pequeños dominios de hiperespecialización, la sumisión de la enseñanza a las necesidades inmediatas del mercado laboral, el énfasis en la búsqueda de certezas cognoscitivas que justifiquen la acción humana, la separación dicotómica del conocimiento y la ética, la preocupación constante por formar más “especialistas” en pequeñas parcelas del conocimiento, lastran el esfuerzo educativo contemporáneo y lo inhabilitan para formar personas capaces de comprender y enfrentar los retos globales.

Una nueva ética

Por todo ello, necesitamos transformaciones audaces y comprometidas que rompan el nudo gordiano y hagan del círculo vicioso de la educación contemporánea enfrascada en la formación de “especialistas” uno virtuoso, creativo y generador de un nuevo pensamiento y una nueva educación que se plantee la formación de nuevos ciudadanos planetarios.

Ante el carácter irreductible de la incertidumbre del conocimiento y los riesgos de vida que enfrenta la humanidad en la actualidad —dotada de medios técnicos y fuentes de energía suficientes para transformar el planeta, y carente de la sapiencia necesaria para encauzar de manera responsable ese proceso—, se necesita una nueva ética y la reconstrucción de las relaciones ya tradicionales y dicotómicas que separan la ética, la política y la ciencia.

La humanidad planetaria necesita rebasar la dicotomía de la ciencia y la ética, el conocimiento y los valores, la ética y la política. La reforma entraña, entonces, un compromiso ético fundamental que se relaciona con el desarrollo de la capacidad de tomar decisiones responsables en condiciones de incertidumbre.

La naturaleza del conocimiento contemporáneo y las problemáticas fundamentales de la humanidad es tal, que ya no podemos afirmar categóricamente, como hacíamos antes, que poseemos un conocimiento que nos permite actuar en el mundo en condiciones de certeza absoluta.

La responsabilidad cognoscitiva y ética resulta en un compromiso fundamental del presente. La reforma de la educación y el pensamiento recoge este reto ético-científico-político; lo asume como compromiso para formar ciudadanos capaces de hacer frente a las necesidades de una política de civilización, una antropolítica que nos permita enfrentar los riesgos mediante la toma de decisiones responsables.

Hace varios años, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha incluido entre sus estrategias este camino

conducente a la reforma del pensamiento y la enseñanza, el cual necesita ser realizado de los niveles primarios a la universidad.

Reforma educativa en México

Como parte de este esfuerzo, recientemente se fundó en México la primera universidad que se ha planteado el reto de iniciar la reforma profunda de la educación y el pensamiento mediante una transformación organizacional y curricular.

En "La cabeza bien puesta" habíamos previsto que la reforma podría comenzar por "una minoría de educadores, animados por la fe en la necesidad de reformar el pensamiento y en regenerar la enseñanza". La Multiversidad de Hermosillo ha dado ese primer paso y con ella se ha abierto una nueva vía, necesaria y vital para el siglo XXI.

La reforma de la educación plantea un conjunto amplio de problemas a resolver. A diferencia de las reformas que han intentado y se han limitado a hacer funcionar los sistemas educativos, mejorar las infraestructuras, los currícula y el ejercicio docente, ésta se plantea una transformación fundamental y se pregunta: ¿cómo construir simultáneamente la nueva organización educativa y realizar la transformación curricular? ¿Cómo hacer posible la sociedad-mundo? ¿Cómo aprender y enseñar el nuevo pensamiento religador, complejo, capaz de superar la racionalización? ¿Cómo educar la pertinencia e incertidumbre del conocimiento? ¿Cómo educar un pensamiento del contexto y de lo complejo que vincule y afronte la falta de certeza?

Responde a estas interrogantes mediante la renuncia a la formación de especialistas dotados de una visión estrecha y dicotómica que pretende "explicar", y se plantea la formación de ciudadanos planetarios capaces de unir la explicación a la comprensión de los fenómenos humanos. Pretende "explicar" y "comprender" para hacer posible la sociedad-mundo y vivir en ella.

En el conjunto de estos cuestionamientos no es menor el que atañe a la universidad misma, sus funciones y sus modos de enlace vital con el mundo real y sus problemáticas locales-globales.

La reforma se plantea los desafíos cognoscitivo, cultural, sociológico, cívico, de la organización del conocimiento y el desafío de la interrelación de todos ellos. La reforma es una tarea local y global, una obra que recaba el esfuerzo de todos y el debate incluyente.

Es necesario ejercer constantemente la crítica sobre el camino recorrido, trazar estrategias que vislumbren alternativas para superar la escisión entre ciencia,

ética y política, y se haga posible avanzar por el camino de una política de civilización. La reforma necesita del diálogo, la polémica y la comprensión. pC

Suplemento Universitario Campus Milenio, jueves 13 de diciembre de 2007, No. 253